

La lucha contra el privilegio

Aldo Cammarota

Los Angeles, California.

La lucha por la libertad es también la lucha contra el privilegio. En la era cavernaria la contextura física deba a los fuertes el privilegio de alimentarse mejor y de elegir a sus compañeras, y también de habitar en las mejores cavernas. No existía entonces ningún derecho, ninguna injusticia, ninguna posibilidad para los débiles: los fuertes tenían el privilegio.

En las tribus, caciques, guerreros y hechiceros disponían del privilegio, sometiendo a los demás miembros de la comunidad.

En Egipto, Grecia, Roma, solamente las castas privilegiadas mandaban, no trabajaban y vivían bien a costa de la sumisión de las demás clases sociales. Solamente ellas tenían acceso a las artes y la cultura.

En la Edad Media, únicamente los señores feudales designados por el Rey compartían con éste todos los privilegios.

Después de la Revolución Francesa y a medida que el origen presuntamente divino de los reyes y nobles fue puesto en fundada duda, los títulos de nobleza fueron mermando su poder, y los privilegios pasaron a manos de los ricos: a más dinero, mayores privilegios.

Es cierto que la esclavitud fue abolida por las sociedades más avanzadas, pero el privilegio fundado en la desigualdad económica seguía siendo norma.

Hasta que de pronto, un hecho nuevo, *la libertad económica*, turbó la siesta de los privilegiados.

La revolución industrial del siglo XIX, la libertad económica y la libre competencia, el afán de lucro como motor del progreso, y la imperiosa necesidad de los productores de servir a los consumidores para poder progresar, provocó un fenómeno auténticamente revolucionario y desconocido hasta entonces por la sociedad humana: *el Capitalismo puso la Libertad al alcance de los pobres*.

Y el privilegio sufrió una gran derrota.

La producción en serie desarrollada desde los albores del siglo XX aceleró aún más el progreso. «Si cada obrero puede ser dueño de su automóvil, será mi triunfo», proclamó Henry Ford. Pero al mismo tiempo, su triunfo y el de otros empresarios, significaba el mejoramiento del nivel de vida de millones de seres humanos.

En pocos años, el fenómeno que los grandes teóricos del liberalismo habían imaginado comenzó a ser realidad: mejores viviendas, vestimentas, comunicaciones, medicamentos para todos. Mejor higiene, mejor educación, mejor nivel de vida para todos. *Cada vez mejores cosas para cada vez más gente.*

Fue el resonante triunfo del sistema de libertad, (Capitalismo) contra el privilegio de la fuerza, la heráldica o el dinero.

Ya no se trataba de producir un lujoso carruaje para que lo comprara y disfrutara un acaudalado caballero. Ahora se producían millones de automóviles para millones de personas.

Pero se dirá los pobres no desaparecieron. Es cierto. Pero fueron menos pobres. La distancia entre pobres y ricos se acortó, por la elevación de los de menores recursos. El movimiento fue hacia arriba, no hacia abajo. Los pobres del siglo XX viven mejor que los más ricos del siglo XVII. Los príncipes, duques y marqueses no tenían agua corriente, ni heladeras, ni radio, ni cine, ni televisión, ni vacunas, ni medicinas avanzadas, ni anestesia, ni revistas, ni fotografías, ni teléfonos, ni desodorantes.

La progresión geométrica del bienestar general no fue una casualidad. No pasó porque sí. Los hombres no se pusieron de acuerdo un día y dijeron «Vamos, seamos solidarios, comencemos a inventar y producir cosas para vivir mejor». No. El fenómeno lo produjo el capitalismo con su sistema de libertad económica, iniciativa privada y competencia.

La gente comenzó a vivir mejor, tanto mejor como mayor grado de libertad económica gozara el país donde vivía, o tanto peor como mantenimiento de las viejas estructuras del privilegio mantuviera esa comarca.

Lamentablemente, no a todos los integrantes de la especie humana les gusta el juego limpio, la libre competencia, el trabajo fecundo, el respeto del ahorro del prójimo, y el premio al talento que a través de la selección natural, hace prevalecer al más apto.

Muchos prefieren el privilegio. De ahí la reacción contrarrevolucionaria que caracteriza al siglo XX y defiende los postulados colectivistas que son la antítesis de la libertad económica y el retorno a regímenes de privilegio, llámense comunismo, fascismo, nazismo, peronismo, etc.

Los que atacan la libertad económica están a favor del privilegio, porque quieren que unos puedan hacer lo que todos los demás no puedan.

Con el engaño de la propiedad colectiva, se adueñan de la propiedad de todos, y la ponen en manos de privilegiados funcionarios miembros de su partido, grupo racial, político o sindical.

Los partidarios del privilegio, propician los monopolios privados y estatales con leyes preferenciales atentatorias contra la libre competencia; se reparten ventajas que los demás integrantes de la comunidad no reciben, acostumbran al pueblo a confiar más en el «acomodo» que en su propio esfuerzo y laboriosidad.

Está a favor del privilegio tanto el funcionario que estaciona su automóvil donde está prohibido porque él es «blablablá de la Nación», como el industrial ineficiente que reclama subsidios y trabas a la importación como premio a su incapacidad.

Está a favor del privilegio tanto el que vulnera la propiedad privada, como el que impide, con leyes colectivistas, que los sectores de menores recursos puedan llegar a convertirse en propietarios.

Está a favor del privilegio tanto el que espera dádivas del gobierno, como el que reglamenta las actividades productivas de tal manera que para todo haya que pedirle permiso al gobierno.

Están a favor del privilegio los que no comprenden que si progresamos todos juntos, vamos a progresar muchísimo más que si tratan de hacerlo unos cuantos privilegiados a expensas de la libertad de los demás.

El sistema más idóneo para el progreso común, es el de la libertad, la libre competencia y la iniciativa privada, bajo un gobierno limitado, fuerte para hacer lo que debe, y sin ninguna fuerza para hacer lo que no debe.

El propósito de lucro y mejoramiento de cada uno, es el motor del progreso de todos. Cuando no existe el privilegio, el que quiere progresar debe servir a los demás, produciendo más cantidad de bienes de la mejor calidad y al menor costo posible.

Los que defienden los privilegios, no sólo atentan contra la libertad de los demás: también ocasionan el estancamiento y el atraso de toda la comunidad.